

XVI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Mesa 139: Historia / Periodismo / Comunicación. ¿Interdisciplina? Problemáticas en discusión. Coordinadores: Dr. César L. Díaz tatodiaz60@gmail.com Dr. Ángel Manuel Ortiz Marín mortiz@uabc.edu.mx

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Revista *Crisis* primera y segunda época: revisionismo histórico y violencia política

Dr. Pablo Ponza: pabloponza@yahoo.es

CONICET-IDACOR-UNC, Cátedra de Historia Argentina Contemporánea, Facultad de Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba.

Resumen

El objetivo general este texto es analizar la revista *Crisis*, cuya trayectoria está dividida en dos diferentes épocas, de mayo de 1973 a agosto de 1976 primero; y de abril de 1986 a junio de 1987 después. Como objetivos específicos el artículo se propone, primero, analizar su estrategia de intervención pública a través de su permanente ejercicio de revisión histórica y contestación a los iconos políticos y culturales consagrados por la historiografía liberal. En segundo lugar, busca precisar si hubo desde la revista una definición o postura hegemónica respecto a cuál debía ser el rol o función social de los intelectuales en el proceso revolucionario. Y en tercer y último término, analiza el uso de un aparato discursivo ecléctico, culto pero no erudito, que buscó resumir los códigos y señales de un lenguaje que combinó categorías conceptuales de origen marxista humanista, existencialista sartreano, nacionalista popular y católico post-conciliar.

Palabras clave: Intelectuales/ Revisionismo Histórico/ Crisis/ Peronismo

Introducción

Este artículo parte de una hipótesis: *Crisis* fue una de las más exitosas revistas político-culturales editadas en Argentina, y si bien su trayectoria fue violentamente interrumpida por la última dictadura militar, el proyecto en sus dos ciclos -de mayo de 1973 a agosto de

1976 primero; y de abril de 1986 a junio de 1987 después-; mantuvo siempre el perfil de izquierda, latinoamericanista, anti-imperialista, nacional y popular. De hecho, fue su esencia ideológica la que marcó transversalmente no sólo su línea editorial e impronta estética, sino también la que definió un estilo de intervención pública que consagró la idea de la *liberación* a través de la transformación de las condiciones de opresión político-económica y cultural que imponía el capitalismo.

Crisis nació en mayo de 1973 apenas iniciado el breve, urgente y confuso interregno democrático abierto por la dictadura auto-denominada *Revolución Argentina* (1966-1973). En su primera época circuló con gran éxito por kioscos y librerías alcanzando una tirada promedio por número de 24.980 ejemplares. Pero en agosto de 1976 fue traumáticamente clausurada por la última dictadura. Es decir, *Crisis* comenzó signada por el entusiasmo de la *primavera camporista* luego del triunfo de la izquierda peronista en las elecciones del 11 de marzo de 1973 -año cúspide del paulatino proceso de radicalización ideológica que se venía gestando desde 1955 en adelante-; y terminó, tres años después, perseguida, diezmada en su staff, y deglutida por las fauces de un *Terrorismo de Estado* decidido a desactivar la inédita politización que provocaba en los circuitos intelectuales y artísticos de la época.

Como curiosidad, tanto en la primera como en la segunda época, *Crisis* apareció y desapareció bajo circunstancias semejantes. En ambas ocasiones inició su recorrido en el estadio primaveral de dos ciclos democráticos complejos que comenzaron con gran optimismo, el de Cámpora y el de Alfonsín. Y en ambas ocasiones su trayectoria fue interrumpida por la intervención despótica de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político, social y cultural del país. En su segunda época la prematura muerte de su Director Ejecutivo y principal impulsor, Federico Vogelius, por un lado; así como las agudas desavenencias que produjo en el núcleo editor la llamada ley de *Punto Final*, por otro, terminaron con una de las más destacadas experiencias periodísticas latinoamericanas de entonces.

Como proyecto editorial, *Crisis* estaba compuesta por la revista y *Ediciones Crisis*, ambas iniciativas impulsadas y financiadas por Federico Vogelius (1920-1986), quien no sólo hizo posible la creación y sustentabilidad económico-administrativa del proyecto, sino también

fue quien congregó a los destacados especialistas que darían curso al proyecto que se proponía motorizar. Vogelius, era ingeniero agrónomo y abogado, además de un exitoso y acaudalado empresario nacido en el seno de una familia acomodada de Buenos Aires. Si bien no tenía formación específica relacionada con el mundo de la cultura siempre mostró un costado bohemio y gran interés por el arte. Según relato de su ex esposa, Amalia Ruccio (Russo, 2013: 2), Vogelius vendió un cuadro de Marc Chagall para financiar el arranque de *Crisis*.

Miguel Russo, en dos artículos de 2013 y 2015, reproduce valiosas entrevistas de algunos de los principales protagonistas de *Crisis*. Son una serie de relatos que permiten conocer y reconstruir los primeros pasos del proyecto. Allí, Amalia Ruccio, ex esposa de Vogelius, recuerda que *Crisis* fue el resultado de una larga búsqueda de su marido, quien sentía un fuerte deseo de hacer algo por el país. Según Ruccio, la idea de llevar adelante un proyecto cultural de esta naturaleza era algo que Vogelius tenía en mente por lo menos desde 1968, una idea que comenzó a tomar forma tras un encuentro con Ernesto Sábato, quien le propuso editar una revista (Russo, 2015).

Según recuerda Julia Constenla, quien se unió al grupo en 1972 y se desempeñó como primer Secretaria de Redacción: “Fico y Sábato armaron un comité de notables que discutía cómo debía ser la revista: Jorge Romero Brest, Ernesto Epstein, Francisco Romero, Víctor Massuh y José Luis Romero” (Russo, 2015: 1). Constenla recuerda también que en las reuniones del comité se barajaron varios nombres de periodistas y escritores para dirigir el proyecto. El de Juan Gelman, que entonces era director del suplemento cultural del diario *La Opinión*, el de Tomás Eloy Martínez, que había trabajado en *Primera Plana*, y el de Eduardo Galeano, que acababa de publicar el rotundo éxito literario *Las venas abiertas de América Latina*. Poco después Vogelius se reunió con Galeano en Montevideo, le propuso la idea y él aceptó. Pero la dictadura uruguaya complicaría sus planes cuando fue encarcelado. Una vez libre Galeano se exilió en Argentina y las cosas parecieron simplificarse, sin embargo, dar lugar al proyecto no fue sencillo pues la relación entre Sábato y Galeano se reveló dificultosa por sus personalidades y diferencias de enfoque. Como recuerda Amalia Ruccio: “el proyecto de Sábato desapareció con la entrada de Galeano como director, a quien Fico le dio libertad total” (Russo, 2015: 2).

Según Roberto Baschetti (2000), Galeano definió *Crisis* como el sueño de un grupo de gente que buscaba expresar la voz de muchos. Para Galeano “*Crisis* fue un largo acto de fe en la palabra humana solidaria y creadora, y por creer en la palabra *Crisis* eligió el silencio cuando la dictadura militar le impidió decir lo que tenía para decir” (Baschetti, 2000: 2). Por su parte, Julia Constenla señala que, luego de tantos obstáculos y vaivenes en su creación, afortunadamente el éxito de la revista fue inmediato. Tal es así que el primer número alcanzó una tirada de 10.000 ejemplares que se agotaron tan rápido que debieron hacer una reedición antes de sacar el segundo. “Vogelius no tenía interés en hacer un negocio con la revista. Pero tuvo mala suerte: todo lo relacionado con *Crisis* se vendió muy bien desde el principio” (Russo: 2013: 3). Lita Ruccio, esposa de Vogelius recuerda: “Fico me repetía cada noche: ‘Encima voy a ganar plata con esta revista, la única vez que estuve dispuesto a perder guita y mirá, mirá Lita, es una maravilla’” (Russo: 2013: 3).

En efecto, la revista fue exitosamente recibida por el público entre el 3 de mayo de 1973 y el 17 de agosto de 1976. En su primera época alcanzó un total de 40 números a un promedio aproximado de 80 páginas por ejemplar. Si bien *Crisis* era una revista de opinión política también lo era de literatura, de arte y cultura. Y fue una revista excepcional por dos razones. En primer término, por su tratamiento editorial, y en segundo lugar, por la calidad de sus colaboradores. En los 40 números de su primera época contó con 76 serigrafías creadas especialmente por 20 artistas plásticos rioplatenses como Santiago Cogorno, Daniel Zelaya, Renata Schussheim, Ana Tarsia, Ricardo Mampaey, Pablo Obelar, Raquel Palumbo, entre otros; y 50 ediciones facsimilares de fotos, periódicos, caricaturas, mapas y documentos ligados a la historia colonial latinoamericana. El *staff* de *Crisis* estaba compuesto, además de Eduardo Galeano como su Director Editorial, por Julia Constenla como Secretaria de Redacción y Eduardo Williams Hermes Ruccio -más conocido como Sarlanga- como Diagramador. Asimismo, *Crisis* contó con colaboradores de la talla de César Vallejo, Alejo Carpentier, Efraín Huerta, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Mario Benedetti, Augusto Roa Bastos, Rodolfo Walsh, Juan Gelman, David Viñas, Haroldo Conti, Franciso Urondo, Noé Jitrick, Jorge Rivera, Vicente Zito Lema, Heriberto Muraro, Aníbal Ford, Rogelio García Lupo, Santiago Kovadloff, María Esther Gilio, Liliana Heker, Norberto Galasso, Jorge Lafforgue, Jorge B. Rivera, Roberto Fontanarrosa, Miguel Bonasso, Raymundo Gleyzer, José Lezama Lima, entre muchos otros.

Latinoamericanista, anti-imperialista y peronista de izquierda

Crisis fue sin dudas una revista excepcional, aunque no fue del todo novedosa, ya que heredó dos fuertes improntas. En primer lugar, las de *Marcha* y *Casa de las Américas*, publicaciones en las que Galeano había participado como colaborador. Y en segundo lugar, las de la propia obra literaria de Galeano, pues en un formato adaptado reprodujo en *Crisis* las claves del éxito obtenido con *Las venas abiertas de América Latina*. La fórmula consistía en describir con máxima crudeza la realidad latinoamericana a través de una revisión crítica de su proceso histórico. En dicha revisión se destacan la dominación, el sometimiento y la violencia que devino del choque cultural entre el mundo europeo y el prehispánico. Mediante la narración, el ensayo, la crónica, el uso de documentos y estadísticas, buscó reseñar las matrices políticas y culturales impuestas por las potencias europeas en el nacimiento y desarrollo de los estados nacionales latinoamericanos, en virtud de establecer una relación de continuidad entre el proceso histórico y los fracasos de los proyectos independentistas hasta entonces puestos en marcha en el continente.

En cuanto al parentesco con el semanario uruguayo *Marcha* (Uruguay 1939-1974), tal como señala Claudia Gilman (2003), ya en su primer número de 1939 había proclamado su vocación latinoamericanista, antiimperialista y tercerista a través de las intervenciones de su director Carlos Quijano y, más tarde, Ángel Rama. *Marcha* fue pionera en la articulación de una identidad latinoamericana, esa suerte de quimera inasible sobre la cual invariablemente giró *Crisis* en sus dos épocas. Galeano se había desempeñado allí como colaborador, hecho que junto a la notoriedad que alcanzó con *Las venas abiertas de América Latina* (1971), le permitió establecer una importante red de vínculos con escritores latinoamericanos contemporáneos.

Pero la más importante de las herencias fue la experiencia de *Casa de las Américas*, sin duda una publicación referencial para todo el arco literario-intelectual latinoamericano de la época. Tras su aparición en 1960 el éxito de *Casa de las Américas* fue inmediato en los círculos intelectuales y pronto se convirtió en una experiencia que muchos quisieron compartir e imitar en todo el continente. *Casa de las Américas* se propuso llevar a cabo la promoción de jóvenes recientemente iniciados en la creación, la investigación literaria y el pensamiento emancipador, es decir, lo mismo que hizo *Crisis* una década después.

Asimismo, entre los asiduos colaboradores de *Casa de las Américas* estaban Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Juan Gelman, Francisco Urondo, Octavio Paz, Pablo Neruda, José María Argüedas, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ángel Rama, Eros Ferrán Bortolato, Bryce Echenique, José Donoso, Alberto Duque, Jorge Onetti, entre algunos de los que luego colaborarían con *Crisis*.

La semejanza de los tópicos tratados por *Casa de las Américas* y *Crisis* es notoria, pues los temas culturales y políticos fueron los protagonistas. Otro parecido fue el constante interés por resaltar las similitudes en las experiencias estéticas y políticas, así como las dolencias, miserias y luchas sociales comunes a los distintos países latinoamericanos. Los escritores ganaron prestigio y reconocimiento internacional gracias a *Casa de las Américas*, pues su circulación era garantía de impacto. La única diferencia entre aquellos autores que inauguraron el eufórico *boom* literario y colaboraron luego en *Crisis* es que, una década después, ya estaban consagrados.

Pero a escala local ¿Cuál era la línea editorial de *Crisis*, qué características específicas tenía en términos de contenido? Según María Sonderéguer (2008) la idea de revolución y el ejercicio de revisión histórica fueron las dos grandes cuestiones que marcaron la impronta estético-ideológica de la revista, una afirmación que ha sido refrendada por José Luis De Diego (2001), quien ha inferido que dicho orden se invirtió a partir del número 5, cuando la idea de revisión se reveló imprescindible para dotar de contenidos el proyecto revolucionario. Ahora bien, cabe destacar que la revista nunca presentó manifiestos inaugurales sino que, con el correr de los números, fue delineando una perspectiva identificada con el peronismo de izquierda a escala local, y orientada a consolidar las llamadas luchas por la *Liberación* a escala continental. Todo esto articulado sinérgicamente con un aparato discursivo ecléctico, diverso, pero con códigos y señales claras de un *ethos* revolucionario que combinaba lenguajes como el marxista humanista, el existencialista sartreano, el nacionalista popular y el católico post-conciliar.

Esto puede advertirse, por caso, en el N° 12 bajo el título de “Al lector” donde se refiere explícitamente a la ausencia de “manifiestos y declaraciones de principios” pero ofrece una suerte de autodefinición al decir que la revista es “un vehículo de difusión y conquista de

una identidad cultural nacional y latinoamericana que quiere ser útil en el marco mayor de las luchas de liberación” (*Crisis*, N° 12: 2). O como ocurrió luego en el N° 18 donde se postula que “el objetivo de *Crisis* no es el de reproducir los esquemas de las revistas literarias tradicionales (...) sino analizar los problemas de infraestructura cultural, recoger los testimonios más escondidos y marginados de la cultura popular” (*Crisis*, N° 18: 4).

A diferencia de otras publicaciones ícono de la época como fueron *Los libros* o la mítica *Pasado y Presente*, dos publicaciones caracterizadas por la sofisticación teórica y el lenguaje elevado, *Crisis* buscó armonizar las diferentes identidades de izquierda a través de un tono cercano, no mundano pero si más coloquial y asequible al lector no especializado. En este sentido, la revista reprodujo hacia afuera la misma lógica de tolerancia establecida hacia el interior del colectivo editor. Según testimonio de Zito Lema, en la redacción de *Crisis*: «Había, claro, diferencias. Aníbal Ford seguía la línea del nacionalismo revolucionario; Juan Gelman estaba más ligado a las FAR y Montoneros; Galeano tenía un compromiso latinoamericanista; Haroldo Conti traía una lectura marxista de la realidad; y yo provenía del peronismo de base (...) parecía que nos íbamos a matar, pero había cosas profundas que nos unían, el espíritu de la época» (Russo, 2013: 4).

Hubo varias revistas que compartieron ese diverso y heterogéneo espacio peronista, de izquierda, anti-imperialista y revolucionario que ocupaba *Crisis*. De hecho, existió un diálogo tácito o virtual en la red de publicaciones que compartían el fervoroso espectro militante que celebró el fin de la llamada *Revolución Argentina*, y, fundamentalmente, el regreso de Perón a la Argentina en junio de 1973. Tenemos, por ejemplo, el caso de revistas como *Militancia Peronista para la Liberación* o *Con Todo*. *Militancia* dirigida por Rodolfo Ortega Peña y Luis Eduardo Duhalde, salió a la calle el 14 de junio de 1973, es decir, pocas semanas después que *Crisis*, y alcanzó editar 38 números antes de su clausura en junio de 1974, cuando pasó a llamarse *De Frente*, nombre con el cual no pudo evitar una nueva clausura pocos meses después. Por su parte, *Con Todo* (2° época) tuvo una aparición quincenal, fue dirigida por el sindicalista Osvaldo Villaflor y se editó desde marzo de 1974 como publicación oficial del Peronismo de Base. Si bien *Militancia* y *Con Todo* eran proyectos dirigidos al mismo espectro peronista de izquierda, *Crisis* tuvo una llegada más amplia gracias a su presencia en el circuito comercial. Los contenidos de *Militancia* y *Con*

Todo estaban enfocados en el análisis y desarrollo de temas de coyuntura exclusivamente políticos, no culturales; además su tratamiento técnico y estético era austero, lineal y esquemático. *Crisis* se propuso un acceso sensorial a los contenidos, explotar atribuciones de tipo estéticas y artísticas no eminentemente racionales.

Crisis se estructuró a partir de un artículo de investigación principal cuyo tema de actualidad se complementó con una entrevista a algún escritor sobresaliente. Durante la entrevista se exponían las opiniones artísticas, estéticas y políticas del entrevistado en un mismo plano de importancia. Luego, en torno a esos elementos se disponían el resto de los contenidos, generalmente reservado a poesías, cuentos, ensayos o documentos, donde sobresale un fuerte énfasis en géneros considerados menores o menospreciados por la literatura tradicional, tales como el policial, el folletín, el circo o el teatro criollo. Si bien la revista se organizó a base de secciones, las únicas fijas fueron *Itinerario*, *Carnet* y *Datos para una ficha*, pues todas se vieron alteradas por los hechos o episodios políticos que marcaban la agenda temática del mes.

De ello da cuenta, por ejemplo, el número 3 de agosto de 1973, en el que el consejo editor decidió comenzar el número con una sección llamada «hecho en prisión», donde Vicente Zito Lema y María Bedoya recogieron y seleccionaron una serie de poemas, dibujos, cartas y crónicas escritas por presos políticos de la dictadura de Onganía. Recordemos que la revista salió a la calle casi al mismo tiempo que la asunción de Héctor Cámpora a la presidencia, el 25 de mayo de 1973, es decir, el mismo día en que las principales organizaciones guerrilleras del país: Montoneros, FAL, FAR y ERP, lograron la liberación de los presos políticos que se encontraban retenidos en la cárcel de Devoto, entre otras prisiones del país. A propósito de ello, y en una suerte de acto honorífico, la tapa de ese número consignó que todos los escritos fueron deslizados de contrabando por debajo de las puertas de las cárceles para brindar el testimonio de «una época que ha quedado atrás para la Argentina pero que sigue siendo, en varios países latinoamericanos, la noche de cada día» (*Crisis*: 1973, 3). Asimismo, el texto señala que estas voces, sumadas todas en una sola voz, sin estrellato ni afanes individuales de consagración, son también literatura: «Porque iluminan la realidad con eficacia y a veces con fuerza desgarradora. Porque nos

ayudan a comprender un poco mejor qué somos, qué podemos ser, para qué peleamos» (*Crisis*: 1973, 3).

El revisionismo historiográfico

Tal como reseña José Luis De Diego (2001) la línea revisionista de la historia que reproduce *Crisis* sostiene que la interpretación hegemónica de nuestra historia habría sido resultado de una vasta operación fraguada por la historiografía liberal. Dicha tradición habría sido inaugurada por figuras como Sarmiento y Mitre a partir de la antinomia *Civilización vs. Barbarie*, e instituidas luego de la batalla de Caseros tras el exterminio de los caudillos del interior y de toda forma de cultura popular autóctona, consolidando una nueva forma de dependencia del imperialismo anglosajón representado por la oligarquía terrateniente porteña y una cultura imitativa de la europea.

La reflexión crítica que elaboró la *Crisis* y sus colaboradores no buscaba meramente poner en cuestión la veracidad de los relatos dominantes sobre el pasado, sino marcar explícitamente los contrastes con su propia perspectiva política, su pertenencia ideológica y su identidad cultural. En las antípodas de los proyectos civilizatorios elitistas, encarnó un relato historiográfico nacional fundado por el peronismo, a través del cual propuso un tratamiento alternativo y desenfadado de sucesos controversiales buscando escrutar un presente de dominación económica, política, cultural, e incluso psicológica, moral y estética, que aparecía inscripta subterráneamente en la voz de los silenciados, de los explotados, de los que jamás pudieron expresar su versión de los hechos, ni su angustia, ni su pesar, ni el dolor de ser marginados, vilipendiados y olvidados por la *historia oficial*.

Un artículo que ejemplifica esta línea historiográfica es: «¿Se enseña en la Argentina la historia real del país? » (*Crisis*: 1973, N°8) donde se afirma que la enseñanza de la historia plantea problemas que trascienden el campo historiográfico, pues el pasado sería también una exploración de las contradicciones de nuestra realidad concreta. Esto explicaría –según el texto- hasta donde la conciencia histórica es objeto de presión en los países del Tercer Mundo, algo que requiere de una discusión y una revisión permanentes. «Discusión y revisión no son un agregado ilícito, sino parte fundamental de la misma historia» (*Crisis*, 1973, N°8, p.3).

Lo curioso de este artículo es que está compuesto por quince autores que responden a un mismo interrogante: «¿se enseña en la Argentina la historia real del país?». Osvaldo Bayer, autor de *Severino de Giovanni el idealista de la violencia* (1969), *Los vengadores de la Patagonia Trágica* (1971-1972), entre otros textos, reconoce allí que la enseñanza de nuestra historia en general sigue una línea historiográfica liberal, tradicional: «pero ya muchos se han liberado y, como partisanos, se han lanzado a la guerrilla revisionista dentro de los claustros». Por su parte Fermín Chávez, autor de *Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina* (1956), *Vida del Chacho* (1962), *Vida de José Hernández* (1958), *Historia del país de los argentinos* (1968), entre otros textos; señaló que frente al relato histórico liberal existe un «reclamo legítimo y realista de una historia asumida como instrumento cultural de descolonización». Todos los convocados en el artículo refuerzan esta perspectiva, Norberto D'Atri por ejemplo dice: «el revisionismo ha ganado terreno por obra de los alumnos, no de los profesores»; Guillermo Furlong afirma: «es preciso acabar con tanta falsía»; Enrique de Gandía: «La historia es una continua revisión»; Julio Irazusta: «en el país no hay verdadera libertad de pensamiento, con posibilidad de expresarse ante el pueblo»; Arturo Jauretche: «los vencedores de Caseros no hicieron una historia de la política sino una política de la historia»; Leonardo Paso: «se debe hacer una revisión histórica, pero no a partir de los mismos presupuestos filosóficos y de clase con que se la ha sostenido hasta el presente»; Ana Lía Payró: «la única verdad histórica que aceptamos es aquella determinada por las luchas de las masas por la liberación nacional y social»; Rodolfo Puiggrós: «la historia argentina parte de una concepción racista positivista, dividió el pasado en civilización y barbarie. Civilización era lo que venía de Europa; barbarie era lo que pertenecía a nuestro país, lo autóctono»; Jorge Abelardo Ramos: «la enseñanza de la historia en la argentina satisface una necesidad específica de las clases dominantes»; Vicente Sierra: «la lucha por la interpretación de la historia universal acompañará en adelante a todas las luchas por la determinación del futuro». Y por último José María Rosa: «Creo que hoy en día la historia debe ponerse de pie dando valor a lo auténticamente argentino, que necesariamente tiene que ser lo popular»; (*Crisis*, N°8, pp.3-17).

Nos detengamos brevemente en Rodolfo Puiggrós, uno de los entrevistados por *Crisis* para este artículo. Se trata de un pensador de la historia política argentina que, junto a Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas

Spilimbergo, entre otros, formaron parte del proceso de revisión histórica que denunció la historia oficial como la versión de los triunfadores de Caseros, Pavón y el genocidio indígena. No obstante, no hay que exagerar la coherencia y la homogeneidad en el corpus teórico de estos autores, pues todos ellos fundamentaron sus interpretaciones con un compendio doctrinario de base marxista que mezcló argumentos de Trotsky sobre semi-colonia y bonapartismo, con argumentos de Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, donde se exponen las razones por las cuales los procesos revolucionarios más vigorosos a escala planetaria no se habían desencadenado en los países con capitalismo complejos y avanzados y sí en las colonias explotadas por las Metrópolis. Según ésta hipótesis (abonada por la revista) los países más avanzados habían atenuado sus conflictos sociales merced al alto desarrollo y confort conseguido mediante la esclavización y neocolonización de Asia, África y América Latina.

En «La conciencia nacional es también conciencia histórica» Cooke inicia su argumentación haciendo referencia explícita a la evocación del pasado como estrategia para pensar la actualidad. Según Cooke, cuando los pueblos pugnan por liberarse, ahondan en el escrutinio de su pasado, por ello: «se establece una relación dialéctica entre el ayer, el presente y el porvenir. En el pasado buscamos afirmación, antecedentes, claves. Pero sabiendo que los desafíos históricos son constantes y renovados, y que cada generación debe responder a los suyos» (*Crisis*: 1973, 4). El autor afirma también que todas las épocas revolucionarias son un punto de incidencia donde confluyen los mensajes de la tradición para abrirse a la hipótesis del cambio y la esperanza. A lo largo del texto describe una serie de confrontaciones en tanto episodios históricos que demostrarían la permanente participación popular en luchas por la libertad y la obtención de derechos, a partir de la puesta en práctica de tácticas de *guerra de guerrillas*. En este sentido, y trazando un paralelismo entre pasado y presente, Cooke utiliza la guerra de la Independencia de 1810 para ejemplificar lo que él considera un «caso típico de *guerra subversiva*, de una *guerra revolucionaria* que hoy quita el sueño a las minorías gobernantes y promueve las planificaciones del Pentágono». Destaca que entonces las masas iban en contra del orden constituido y sus procedimientos eran de guerrilla. «Ya la lucha del pueblo español fue de guerra de guerrillas. (...) Artigas era guerrillero; Güemes y sus gauchos salteños, que

detuvieron el avance de los gordos, también, Boves, Páez y sus llaneros, Bolívar, Sucre, todos emplearon tácticas de guerrilla» (*Crisis*: 1973, 4).

Esta clase de artículos expresan una clara convicción: la Historia (con mayúscula) estaba cambiando. El protagonismo y la iniciativa estaban ahora en el Tercer Mundo. Tal vez por ello es que todos y cada uno de los análisis propuestos en clave histórica dejan traslucir, por un lado, la denuncia descarnada de un poder aparentemente decadente pero con filosos puños de hierro capaces de secuestrar, torturar y asesinar en defensa de sus privilegios. Y por otro lado, la denuncia, el optimismo y la expectativa de los proyectos revolucionarios que pujan por un cambio de paradigma a través de una operación de opuestos binarios que enfrentaría a las naciones opresoras con las oprimidas, a los países desarrollados e imperialistas con los subdesarrollados y dominados.

Las visiones del pasado propuestas por *Crisis* no eran ingenuas ni azarasas, no sólo porque las entrevistas y hechos seleccionados para su tratamiento formaban parte de una agenda de debate de estricta actualidad, sino porque las exégesis propuestas buscaban interpelaban a un público amplio y diverso. Si bien *Crisis* no propone visiones ingenuas ni azarasas, tampoco podemos decir que sus intervenciones sean compactas y homogéneas, o quizás, para decirlo de otro modo, *Crisis* expresó la heterogeneidad de voces que convivían en el amplio espectro de las izquierdas latinoamericanas. Esto lo advertimos, por caso, en textos que son tal vez contradictorios entre sí.

El intelectual comprometido y la crítica a la tradición literaria y cultural

Según Claudia Gilman (2003: 29), en cuanto al rol del intelectual, revistas como *Crisis* buscaron instalar la polémica en torno a dos conceptualizaciones antagónicas: la del intelectual *crítico* u *orgánico*. Para Carlos Altamirano (2001), la primera de estas categorías se ajustó a una imagen del intelectual comprometido políticamente, del sujeto individual regido por valores humanistas que se ve compelido a denunciar las injusticias en cualquier lugar del mundo sin importar las fronteras o nacionalidades. Y el segundo, el *orgánico*, refiere a una representación subsumida en objetivos colectivos donde la pluma del intelectual quedaría subordinada a las estrategias de la organización revolucionaria de la que forma parte.

Crisis, alternativamente, habría reproducido ambas vertientes en paralelo, la primera de ellas representada por la del ideario de compromiso con lo político, con la *militancia ideológica* donde la identidad intelectual estaría abocada a llevar a cabo una crítica guiada por las filosofías del movimiento, de la modernidad, de las que entienden que la historia es un devenir de cambios, una materia en permanente movimiento. Y la segunda, la orgánica y vanguardista, donde la palabra y la acción son parte de un mismo tándem. La revista da cuenta de esto, por ejemplo, a través de la semblanza que Aníbal Ford escribió sobre la vida y obra de Arturo Jauretche, donde: «el pensamiento de Jauretche se plasmó, no a partir de teorías que distorsionaban la comprensión de nuestra realidad, sino de una práctica real cumplida no sólo en los modestos aprendizajes de todos los días sino también en el libro, en la prensa, en la acción política y con las armas en la mano» (*Crisis*, 1974, N°1: 71).

Es sencillo advertir en *Crisis* la ausencia de la imagen aristocrática y elitista más tradicional del *ser intelectual*, una imagen en desuso frente a una influencia que remite ahora a una auto-representación en clave existencialista y que responde a interrogantes subjetivos dirigidos a definir el lugar de la acción individual en un proceso de transformación social incipiente, aparentemente lineal e inevitable. En una entrevista realizada por Gabriel Montali (2015) Zito Lema sostiene: «nuestra postura era de ganar un espacio para la literatura en el mismo foco de la revolución (...) No era cuestión de escribir un panfleto; la exigencia de las formas y del estilo literario eran un desafío a llenar sin contradicción con los actos de la vida. Lo que pasa es que los actos de la vida para nuestra generación, son actos en el mismo centro de la revolución (Montali, 2015). En resumen, el interrogante central era *ser o no ser escritor de una literatura revolucionaria*.

Para Carlos Altamirano (2011), la mutación operada en la conceptualización del rol intelectual de la época expresa una suerte de expiación o *mea culpa* que reconoce tortuosamente la larga e inocultable lejanía respecto de los intereses y preocupaciones de los más pobres, de los más débiles, del *pueblo*, por sintetizar la idea en una palabra muy utilizada en aquellos años. Esa suerte de *autoculpabilización* de la clase media letrada, como dice María Cristina Tortti (1999), los inclinó no sólo a permanecer próximos a las luchas populares sino también a idealizar un peronismo de límites difusos capaz de adoptar las formas imaginadas por cada uno de sus intérpretes.

De la dictadura a la transición; y el fin de *Crisis*

Crisis fue diezmada por la represión. Incluso antes de marzo de 1976 la llamada *Triple A* (Asociación Argentina Anticomunista) amenazó y atacó ferozmente a los miembros del *staff* y colaboradores de la revista. Por ejemplo, el periodista Carlos Villar Araujo publicó en abril y junio de 1975 una detallada investigación que motivó su secuestro y posterior exilio. En el artículo Villar Araujo advertía al público de los jugosos intereses multinacionales implicados en la explotación petrolera de nuestro país. Poco después, el 16 de diciembre de ese mismo año, Luis Sabini Fernández, coordinador gráfico de la revista fue detenido por el Ejército en Villa Martelli y forzado al exilio. Tras el golpe, en marzo de 1976 los más destacados colaboradores de la revista comenzaron a recibir amenazas no sólo en la redacción sino en sus domicilios particulares. Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Francisco Urondo, Roberto Santoro, Raymundo Glayzer y Miguel Ángel Bustos, fueron secuestrados y aún permanecen desaparecidos, mientras que Eduardo Galeano, Juan Gelman, Vicente Zito Lema, entre otros, se vieron forzados a vivir en la clandestinidad, el ostracismo y finalmente optar por el exilio para salvar sus vidas.

Amenazado de muerte por los llamados *Grupos de Tareas*, en mayo de 1976, Federico Vogelius decidió cerrar la revista, sin embargo no pudo evitar su secuestro en 1977, la incautación de su fondo editorial y el saqueo de valiosas obras de arte de su propiedad. Por fortuna una activa campaña de denuncia internacional encabezada por Heinrich Boll – premio Nobel de la Paz- Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, entre otras personalidades, logró presionar al gobierno de facto y visibilizar su detención ilegal para que fuera reconocido y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional hasta 1980, año en el que recobró la libertad. En cuanto le fue posible, Vogelius se exilió en Londres donde comenzó con acciones legales tendientes a recobrar las obras de arte que le habían sido sustraídas de su casa quinta, pero no obtuvo resultados. Volvió del exilio en 1985 decidido a relanzar *Crisis*, pero un cáncer fulminante sólo le permitió ver impreso, en abril de 1986, el primer número de la segunda época.

El retorno a la democracia en diciembre de 1983 permitió, tímidamente, reiniciar algunas de las actividades políticas y culturales que durante la dictadura habían sido objeto de las más crueles y viles persecuciones. Sin embargo, la relación entre política y cultura se había

transformado radicalmente, el terror infundido por la dictadura caló profundamente en la sociedad, la desaparición de 30.000 personas y el exilio de más de un millón cambiaron la geografía humana, los valores, las creencias, los gustos y preferencias del público.

Los proyectos revolucionarios fueron derrotados y el ideario político de izquierda pareció caer en desuso y sus lecturas de la realidad anticuadas. Diversos estudios (Nun y Portantiero, 1985. Lechner, 1986. O'Donnell, 1988. Lesgart, 2003. Burgos, 2004. Ansaldi, 2006. Ponza, 2010. Reano, 2010. Gago, 2012) coinciden en que la *Democracia* se convirtió en protagonista del debate académico, político e ideológico de los intelectuales durante la transición, desplazando la hegemonía que la *Revolución* había tenido desde fines de 1950. Cabe aclarar que la democracia -en tanto categoría conceptual amplia y polémica- se consolidó entonces bajo una visión eminentemente institucionalista, quizás por ser visualizada como la única alternativa posible al autoritarismo reinante en casi toda Latinoamérica.

Sin duda la derrota de la llamada *Nueva Izquierda*, el exilio y la crisis en la que estaba sumido el marxismo a nivel planetario y el peronismo a nivel local, desataron la revisión marcando una profunda ruptura dentro de su propio campo. Dicha ruptura se asentó fundamentalmente en dos grandes temas. Por un lado, el cuestionamiento a la lucha armada y la visión belicista de la política que habían mostrado tanto las organizaciones políticas como las político-militares. Y, por otro, esa crítica dio lugar a la revalorización de la democracia como sistema válido para la resolución de conflictos.

En aquel momento, y desde la perspectiva política de la izquierda revolucionaria, el carácter de las transiciones a la democracias que se iniciaban en América Latina tras los procesos dictatoriales, significaban el triunfo de la restauración liberal conservadora que declaraba abominables tanto las dictaduras como las revoluciones, habilitando el tránsito al único y natural triunfador: un capitalismo transnacional que ya no reconocería límites ni fronteras. Para la estirpe política de izquierda, específicamente peronista y revolucionaria a la que se afiliaba *Crisis*, el triunfo y la gestión transicional en Argentina significó una derrota evidente, pues puso fin al rasgo más elemental de su voluntad rupturista. Desde allí situados, la ola democratizadora no sólo desactivó todo horizonte de transformación radical, sino que desmovilizó las pasiones políticas de la sociedad. El cambio político era el

inicio de un desmantelamiento que tenía por objetivo principal desautorizar el pensamiento que tanto las dictaduras como los proyectos revolucionarios hasta entonces habían sido capaces de elaborar. En su expresión ideal, optimista, sustantiva y abstracta, la transición a la democracia venía a superar los autoritarismos a toda escala, comenzando por el Estado, para dar lugar, supuestamente, a profundas transformaciones en la esfera social, económica y cultural.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz (1983). *Literatura y Sociedad*. Buenos Aires: Hachete.

ALTAMIRANO, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierdas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Aries.

BASCHEPPI, Roberto (2004). *Documentos 1970-1973*. Vol.1. Buenos Aires: Campana de Palo.

BASCHEPPI, Roberto (2000). “Una interrelación entre Periodismo e Historia Política Argentina”. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Conferencia.

DE DIEGO, José Luis (2001). «El proyecto ideológico de Crisis». En *Prismas*, revista de historia intelectual, número 5, pp. 127-141.

El Periodista de tres Arroyos (2003). “Las huellas de Federico Vogelius en Claromecó”. 18/01/2003. Tres Arroyos, Buenos Aires.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI.

INVERNIZZI, Hernán y GOCIOLO, Judith (2003). *Un golpe a los libros*. Buenos Aires: Eudeba.

JAMES, Daniel (2003). "Sindicatos, burócratas y movilización". En James, Daniel (2003). *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

SÁNCHEZ, Matilde (2005). «Un linaje de Brillantes novelistas». 28/08/2005. Buenos Aires: *Clarín* p.106.

PATIÑO, Roxana y SCHWARTZ, Jorge (2004). «Introducción». En *Revista Iberoamericana*, núm. 208-209, Pittsburgh.

PONZA, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba: Babel.

RUSSO, Miguel (2015). "La revista Crisis y la busca del tiempo perdido". 14/04/2015. <http://www.nodalcultura.am/2015/04/los-trabajos-de-galeano-la-inolvidable-revista-crisis/> consultada el 01/01/2017.

RUSSO, Miguel (2013). «La revista Crisis y la búsqueda del tiempo perdido», disponible en internet en <http://www.contrainfo.com/9894/la-revista-crisis-y-la-busca-del-tiempoperdido/> consultada el 01/12/2016.

SONDERÉNGER, María (2008). *Revista Crisis (1973-1976). Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

ZITO LEMA, Vicente (2013). Entrevista realizada el por Gabriel Montali para el programa *Adiós Mundo Cruel*, Radio Nacional Córdoba, domingo 24/02/2013.

CRISIS, desde año 1, Número 1, mayo 1973, hasta año 5, Número 54, junio 1987.